

RECUPERAR LA VERDAD DE LAS CELEBRACIONES

Monseñor Elchinger, obispo dimisionario de Estrasburgo, publicó hace algún tiempo una sugestiva obra -*David y Goliad, hoy*- sobre la situación de la Iglesia en el mundo actual. En ella el anciano obispo, con una clarividencia y valentía notables, -no resulta hoy común encontrar gente que se atreva a enfrentarse a las categorías que se presentan como aceptadas por todos- invita a emprender un decidido combate en favor de la verdad. En esta lucha, afirma el obispo, están en juego el concepto mismo del bien y del mal, de lo verdadero y de lo falso.

Lo que Monseñor Elchinger dice en su obra sobre la situación general de la Iglesia en los momentos actuales nos parece fácilmente aplicable en concreto a la celebración de los misterios cristianos. Demasiadas veces, en efecto, para muchos fieles parece como si la norma más absoluta del comportamiento litúrgico fuera la de hacer simplemente lo que hace la mayoría, creer lo que todo el mundo cree, decir y repetir lo que dice y repite sin cesar el ambiente que nos rodea. Y ello, por otra parte, sin que aparezca el menor síntoma de aquel espíritu crítico que se hoy se exige -a veces incluso desmesuradamente- en la mayoría de cuestiones. Como si la opinión común fuera sin más un oráculo indiscutible para que el cristiano acierte en lo que es realmente verdadero.

Goliat, el gigante, significa para Elchinger, la fuerza de un ambiente que con su palabrería machacona lo invade todo y todo lo subyuga. En nuestro ámbito litúrgico más concreto, Goliat son las afirmaciones de una pseudo cultura litúrgica, adornada a veces con los oropeles de una supuesta ciencia histórica o de unas reflexiones aparentemente filosóficas. Frases y reflexiones -sería fácil hacer un largo elenco de ellas- que repetidas hasta la saciedad llegan a imponerse como si se tratara de verdades innegables, pese a que, en realidad, con frecuencia estén desprovistas de aquella solidez que es propia de la auténtica verdad.

David, hoy como ayer, parece pequeño e impotente. Por eso seguramente muchos lo abandonan para postrarse ante el fuerte Goliath, es decir, ante el ídolo de la opinión común que se presenta como un verdadero gigante. Y ello es altamente peligroso. No sería difícil tejer una larga letanía de los desafíos actuales del fuerte Goliath contra el pequeño David. Ni tampoco resultaría costoso presentar una prolija secuencia de momentáneas y aparentes victorias del gigante. Pero preferimos limitarnos a denunciar el hecho y advertir el peligro. Porque la grandeza del pequeño David, no consiste ciertamente en su estatura sino en la fuerza divina que lo invade. Confiar en esta fuerza -en nuestro caso en la fuerza de la verdad- es lo único que podrá finalmente vencer la aparente fortaleza de un ambiente falso.

Monseñor Elchinger invitaba en su escrito a emprender un valiente combate en favor de aquella verdad en la que se juegan las categorías de lo verdadero y lo falso. En nuestro contexto nosotros invitamos también a sumarnos al ejército del pequeño David, sin atemorizarnos ante la estatura del gigante. Por mucho que el ambiente diga y repita, por ejemplo, que conviene que el culto cristiano se secularice, por mucho que se quiera presentar la celebración litúrgica como simple asamblea de un mundo que lucha avanzando hacia una fraternidad cada vez más plena, por más que se insista -es un segundo ejemplo de los muchos que podrían aducirse- en que no puede haber auténtica presencia ni verdadera celebración de la Pascua libertadora de Jesús si previamente no se vencen las injusticias humanas, ha de afirmarse sin ambages que el culto del nuevo testamento tiene otro objeto propio y muy superior: el de un culto centrado en bienes superiores, más trascendentes y definitivos, en aquellos bienes que consisten en la liberación total, no en las pequeñas y provisionales liberaciones que puede ofrecer aquel reino del que, precisamente al iniciar su pascua de liberación, Jesús quiso alejarse afirmando que «no era el suyo sino el de este mundo». No en vano la celebración culminante de la comunidad cristiana, la Eucaristía, se inicia siempre con la monición *Sursum corda* (*levantemos el corazón*), monición introducida precisamente por los cristianos, como elemento propio y diferenciante, en interior de la bendición judía que se limitaba a dar gracias por los bienes de aquí abajo, «por los buenos alimentos y el buen país», es decir, por los dones que están al alcance de los sentidos.

La celebración litúrgica, el nuevo culto *en espíritu y verdad* que introduce en nuestro exilio terrestre Jesús, el Pontífice de la nueva alianza, no se centra en los bienes presentes sino que nos une a aquel himno que se canta en las moradas celestiales (Cf. Sac. Conc. 83) y está todo él inmerso en la contemplación del misterio pascual de Jesús que pasa de este mundo al Padre,

paso o «pascua» que constituye en realidad el único objeto de la celebración cristiana. Este Misterio pascual que se hace presente en el culto cristiano aunque fundamentalmente libera al hombre de las grandes esclavitudes -la muerte y el pecado- como colorario llega a liberar también de las demás esclavitudes en que se ve sumergida la vida y los avatares humanos y trasforma, eleva «aliena», si se quiere decir así, al cristiano y lo sitúa en aquel plano superior («sobrenatural» dirá un determinado lenguaje teológico)- de tal forma que el fiel que celebra la liturgia se siente incluso fortalecido para luchar contra las pequeñas esclavitudes, venciendo a unas veces o sintiéndose libre en la esperanza a pesar de ellas cuando la liberación no resulta posible. Así el cristiano llega a convertir las pequeñas esclavitudes -pobreza, enfermedad, muerte, etc.- en pascua de liberación, pero de liberación absoluta, como la de Jesús que vence las limitaciones y esclavitudes humanas sometiendo incluso a ellas (vive pobre, hambriento, sujeto a las lágrimas y a la muerte) hasta que con su victoria sobre la muerte y el pecado las vence definitivamente pero solo en una pascua de liberación total y absoluta, pascua que es el único fundamento de la esperanza cristiana y el solo objeto de la celebración litúrgica

El combate en favor de la verdad ha de poseer sus armas. El hoy quizá pequeño David, despreciado por el Goliath gigante de nuestro ambiente que como el de ayer parece reírse de él, necesita también ciertamente sus armas. Estas serán sin duda menos vistosas que las del gigante. Pero con la fuerza de Dios llegará a vencer en la lucha en pro de la verdad. Estas armas deben ser la reflexión, el estudio, la plegaria contemplativa y asidua sobre todo de la obra libertadora de Jesús, nuestro David, que es lo que en realidad celebramos en la liturgia.

Para esta lucha quisiéramos prestar a nuestros lectores dos nuevas armas, dos como piedras para colocar en la honda en vistas al duro combate contra el Goliath del ambiente que nos invade. Nos referimos a las dos secciones que hoy inauguramos: *Estudiar liturgia* y *Participación espiritual*. Con la primera, *Estudiar liturgia*, esperamos brindar a nuestros lectores la posibilidad de discernir entre lo verdadero y lo falso y de lograr una penetración cada vez mas plena de la verdadera naturaleza de la celebración cristiana, venciendo en su caso toda posible falacia que intente introducirse a través del ambiente. Con la segunda, *Participación espiritual*, pretendemos intensificar la faceta más importante de la participación activa en la liturgia, la participación espiritual que, a través de «lo visible de los ritos y plegarias llegue a penetrar en lo invisible que Dios comunica a sus fieles en la celebración de los ritos litúrgicos» (Cf. Sac. Conc. 2). – P. F.